

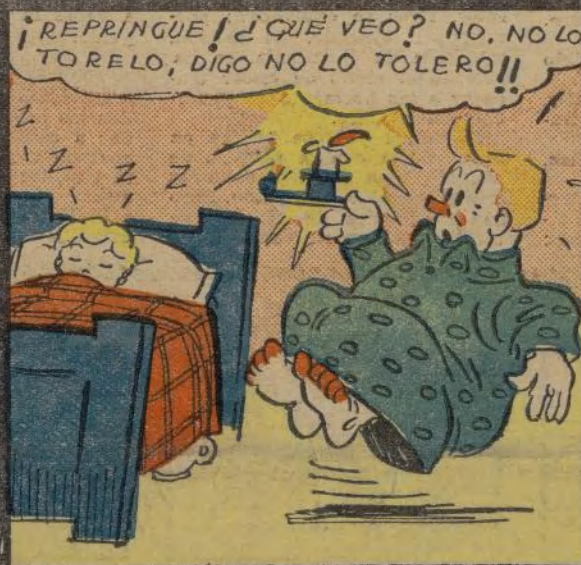


AÑO VI.—NUM. 289

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves),  
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

22 de noviembre de 1934

# GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN





## UNA BUENA CAPOTA



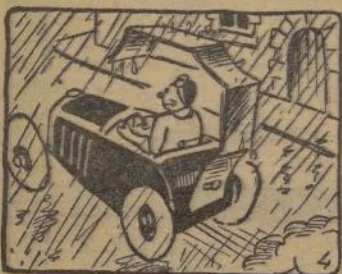
El decidido automovilista había salido a dar un paseito en su "auto" de "sport" cuando se rió sorprendido por una lluvia pertinaz que le calaba hasta la



camiseta. Y como el automovilista, además de ser decidido era ingenioso, desmontó los estribos del cochecillo, y se fabricó con ellos una modernísima



capota de líneas completamente aerodinámicas, que causaron tal sensación en cuanto la vieron las gentes, que fueron la fortuna del decidido automovilista, que



hubo de sacar patente de su invento improvisado. Y es que la necesidad hace que los hombres agucen el ingenio.

## VERDADES Y MENTIRAS

### El limpiabotas listo

Un pobre muchacho harapiento y famélico, con una caja en una mano y una almohadilla bajo el brazo, se acerca a un señorón orondo y corpulento, que lleva los zapatos llenos de polvo y está parado en una esquina como si esperase a alguien.

El muchacho, que en toda la mañana ha embolsado una gorda, y está en ayunas, le dice: —¿Limpio, caballero? —No.



—Le quedarán muy brillantes...

—No.

—Sólo por treinta céntimos...

—Te he dicho que no.

—Vamos, ande; por veinticinco...

—¿Cómo te tengo que decir que no! ¿Quieres que te lo diga con música?

—Por veinte, vaya, caballero.

Para un panecillo...

El caballero da un resoplido y se vuelve del otro lado.

—Caballero; se lo hago gratis.

El caballero, volviéndose hacia el rapaz:

—Si es así... y si te empeñas, limpia.

El muchacho comienza a lustrar concienzudamente el zapato derecho del parroquiano;

aplica el líquido, extiende el betún, y frota que frota hasta que el zapato queda reluciente como un espejo.

—¡Magnífico!—exclama el caballero con aire satisfecho, al tiempo que pone el pie izquierdo sobre la caja del limpiabotas.—¡Ahora el otro!

—¡Ah, no señor!

—¿Cómo que no? Pero tú crees que yo voy a ir con un zapato limpio y otro sucio?

—Si usted me lo paga, se lo limpio...

—¡Ah, tunante! Bueno; te daré diez céntimos.

—No, señor.

—Quince, vaya.

—De ninguna manera.

—Veinte...

—Han de ser treinta, con propina y pago anticipado. Y pronto, porque tengo prisa...

El caballero, verde de ira, no tuvo más remedio que soltar sus cuarenta céntimos; y aquella mañana el limpiabotas pudo desayunar con todas las de la ley.

### Hormigas que trabajan para el hombre

Muchos creen que las hormigas son insectos nocivos para el hombre, útiles solamente para presentarlos como ejemplo de laboriosidad en las fábulas morales. Pues se equivocan; porque, por ejemplo, en Burma, población de Burmania, se ha hallado el modo de hacer trabajar a las hormigas en provecho del hombre.

En aquel país se trafica en gran escala con la madera de sándalo, una de las maderas más apreciadas del mundo. Pero de los árboles de sándalo se utiliza solamente el corazón, la

medula perfumada; todo lo demás del tronco no tiene valor ninguno, y no llegaría a cubrir los gastos de recolección y transporte.

¿Sabéis lo que hacen en Burma? Cortan las ramas de los árboles ya tendidos en tierra y abandonan el tronco sobre el mismo terreno. La corteza del sándalo, que es muy tierna y sin valor en el comercio, atrae a millones de hormigas que infestan aquellos bosques. Cada una de ellas comienza a excavar, y se lleva consigo su tro-



cito correspondiente. Y es tal la voracidad de aquellos insectos que en un tiempo relativamente corto sólo queda intacto el corazón del árbol, formado por una madera durísima y oscura. Y entonces sólo falta recogerla y expedirla a Europa.

Los indígenas de Burma son sin duda gente perezosa. Pero a veces la pereza aguza el ingenio.

Un sabio ruso asegura que todos los animales pueden aprender a contar. Según él, los loros son capaces de contar hasta tres, los gatos hasta seis, los cuervos hasta diez, los perros más listos hasta veinte, y los caballos hasta veinticinco.

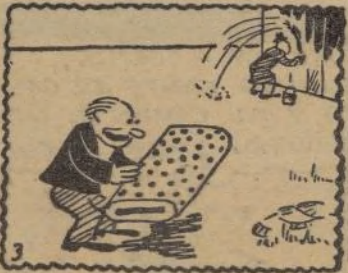
## EXACTITUD



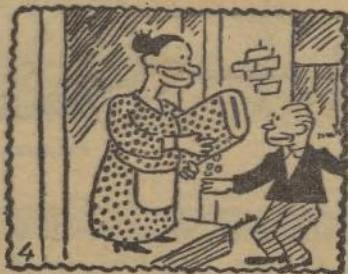
A Felipe le había encargado su jefe que llevara una pieza de tela que había encargado doña Exuperancia; pero cuando doña Exuperancia vió a Felipe, re-



chazó el tejido diciendo que ella no quería una pieza de tela blanca, sino blanca y con pintas. Felipe se retiró compungido, pues sabía que en la tienda



de su jefe no había tela blanca con pintas; y su sorpresa fué mayúscula al comprobar que un pintor de brocha gorda, que quizo mancharle la tela a mala idea,



le había hecho un gran favor, pues le dejó el dibujo que doña Exuperancia había pedido. Y la buena señora pagó la pieza muy complacida.

## PANCHO, "OREJAS" Y ANACLETO COMPONEN UN GRAN TERCETO



Pancho, "Orejas" y Anacleto, en vista de que los tiempos venían muy malos y la vida se ponía más cara que un hotel en la Sierra, decidieron explotar sus conocimientos musicales, metiéndose a músicos callejeros. Armados de sus instru-



mentos se lanzaron a la calle, pero bien pronto surgió un grave contratiempo, y era que no podían tocar, pues no disponían de atriles para sujetar los papeles de música. Pero las orejas del "Orejas", que parecían dos patas de cangrejo gigante, vi-



cieron a resolver a maravilla el problema planteado, pues en los apéndice auditivos del colega improvisaron unos atriles maravillosos, que causaron la sensación de la gente por su gracia y originalidad.

## LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER

### CAPÍTULO VIII (Continuación)

No descubrí nada en todo el día; pero al siguiente, serían las tres de la tarde, en que según mi cálculo habría andado cerca de veinticuatro leguas, cuando divisé un navío que llevaba rumbo Sudeste. Solté todas mis velas, y al cabo de media hora enarboló su pabellón y tiró un cañonazo. No se puede explicar la alegría que recibí con la esperanza de volver a ver a mi amada patria y aquellas prendas queridas que había dejado en ella. El navío moderó su curso, y a las cinco o seis de la tarde nos juntamos, el día 26 de septiembre. Yo estaba loco de contento al ver el pabellón inglés. Guardé mis vacas y carneros en las faltriqueras de la casaca, y pasé a bordo con toda mi prevención-cilla de víveres. Era un navío mercante inglés, que regresaba del Japón por los mares del Norte y del Sur, cuyo comandante era el capitán Juan Bidell de Deptford, hombre muy honrado y excelente marino. Llevaba aún cincuenta hombres consigo, entre los cuales iba uno de mis antiguos compañeros, llamado Pedro Williams, que informó muy



con todo llegó a sospechar que el can-sancio y los peligros en que me había visto me tenían trastornada la cabeza, hasta que, viéndome sacar de la faltriquera todos mis ganados, se des-engaño y quedó más aturrido. También le manifesté las monedas de oro que me había dado el rey de Elefescu con su

retrato entero y otras muchas rarezas de aquel país. Le regalé dos bolsillos con sus cuatrocientos Spruggs, y le ofrecí a nuestro arribo en Inglaterra regalarle igualmente una vaca y una oveja preñadas.

Omitiré pormenores de nuestro viaje, por evitar fastidio; baste decir que llegamos a las Dunas el 13 de abril de 1702. Sólo tuve una desgracia, y fué que los ratones del navío me robaron una oveja. Desembarqué el resto de mis ganados sin avería, y los eché a pacer en un jardín del juego de bolas de Greenwich. No hubiera llegado ninguno vivo durante un viaje tan largo, a no ser por el Capitán, que me surtía de bizcocho para alimentarlos, y lo comían muy bien hecho polvo y mezclado con agua.

En el tiempo que paré en Inglaterra saqué mucha utilidad de enseñar mis animalillos a diferentes personas de calidad, y también al pueblo; antes de salir a mi segundo viaje los vendí en seiscientas libras esterlinas. Pero a mi regreso ya no encontré raza de ellos, cuando yo creía que se hubiese multiplicado abundantemente la especie, con particularidad los carneros, y que hubiese producido muchas ventajas a nuestras manufacturas de lana por la finura de sus vellones.

Apenas estuve dos meses con mi mujer y mi familia: el insaciable deseo de ver países extranjeros no me permitió continuar más tiempo en aquella vida sedentaria. Puse mi familia en una pue-

na casa en Redriff, entregué a mi mujer quinientas libras esterlinas, y reservé el resto de mi caudal, parte en dinero y parte en mercaderías, con el designio de aumentar el fondo. Mi tío Juan me había dejado unas tierras cerca de Epping, que me rendían anualmente treinta libras esterlinas; con esto y otra tanta renta que me producía cierto negocio de "toros negros" en Feterianne, podía sustentarse muy cumplidamente mi familia, y yo llevaba el consuelo de no dejarla expuesta a la caridad de la Parroquia. Mi hijo Juan, llamado así por respetos de su tío, estudiaba latinidad, y estaba para ir a un colegio. Mi hija Isabel se aplicaba al trabajo de la aguja. De suerte que considerándome plenamente satisfecho del arreglo de toda mi casa, di el último adiós a mi mujer y a mis hijos, y a pesar de sus tiernas lágrimas, me embarqué animoso en la "Aventura", navío mercantil de trescientas toneladas, mandado por el Capitán Juan Nicolás de Liverpool.





# toñín y toñón CUENTO



(Conclusión)

Toñón, que estaba echando leña a la lumbre en que había puesto el puchero, se puso a reír, a reír, con tantas ganas y tan fuerte, que las paredes de la casa temblaban.

—¡Pobre Toñín!—decía—. ¡Espérate a que el agua hierva y verás cómo te cojo sin necesidad de subir las escaleras, sólo con alargar el brazo!

El malvado del cuevo se echó también a reír: —¡Cra... cra... cra...! ¡Toñón cogerá otra vez a Toñín! ¡Cra... cra... cra...! ¡Está esperando a que hierva el agua del puchero!

Entre tanto, Toñín se desesperaba en el tejado. ¿No vendría nadie en su ayuda? ¿Sería posible? Y lloraba, gritaba, extendía los brazos, pataleaba; pero nadie pasaba y nadie le oía.

Por fin lo oyó una hada invisible que iba volando por allí cerca, trasladándose de una nube a otra. Miró hacia la casa del ogro y vió en el tejado a aquel niño que pedía socorro.

—¿Qué le pasará a aquél niño que gri-



ta de tal manera?—pensó—. Hay que ayudarle.

Llamó a un pajarito de su séquito y le dijo: —Yo no puedo detenerme porque no tengo un minuto que perder. Vete tú, Pajarito Azul, entérate de lo que quiere aquel niño y luego ven a informarme.

El Pajarito Azul, en un vuelo, se plantó junto a Toñín.

—¿Qué te pasa que estás tan desesperado?

Toñín se lo contó todo, temblando de miedo: —¡Dentro de pocos minutos comenzará a hervir el agua del puchero y el ogro Toñón me cogerá y me echará dentro para comerme!

El pajarito Azul volvió volando hasta el hada invisible y le contó lo que pasaba. El hada puso en el pico del Pajarito Azul una piedrecita blanca.

—Dile que la tire por la chimenea dentro del puchero cuando el agua comience a hervir.

El Pajarito Azul voló hasta Toñín y le puso en la mano la piedrecita blanca, di-

ciéndole lo que debía hacer, y reemprendió su vuelo para agregarse al séquito del hada invisible.

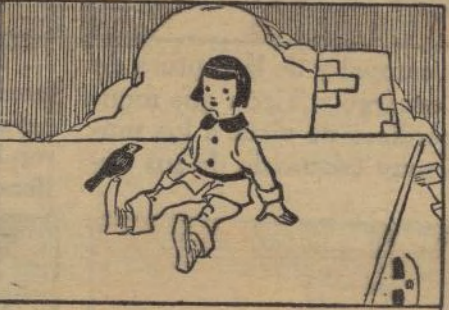
Y en esto, el agua que comienza a hervir y el ogro que comienza a restregarse las manos de gusto...

—¡Ea, Toñín; ahora mismo voy a cogerte, sin tener que subir siquiera las escaleras!

Y el cuervo, alborozándose y agitando sus alas, gritaba: —¡Cra... cra... cra...! ¡Ahora Toñón va a coger a Toñín! ¡Cra... cra... cra...!

Pero Toñín, sin perder un momento, ¡tac!, tiró por la chimenea la piedrecita blanca, que cayó dentro del puchero. Al momento el agua comenzó a agitarse fuertemente. En borbotones espantosos se salió fuera del puchero y se precipitó encima de Toñón, quemándole las manos y los pies.

—¡Ay...! ¡Ay...! ¡Ay...!—gritaba Toñón.



—¡Cra... cra... cra...!—graznaba el cuervo aterrorizado, sacudiendo sus alas negras y saltando de una parte a otra.

—¡Ay...! ¡Ay...! ¡Ay...!—gritaba Toñón.

—¡Cra... cra...!—gritaba Toñón.

Pero el agua no tuvo compasión de aquellos dos malvados que habían cometido tantas canalladas, y seguía saliendo del puchero a borbotones y se extendió como un mar encrespado, de tal manera, que pronto se llenó toda la cocina. Y de este modo, el ogro y el cuervo, su espía, murieron ahogados y escaldados miserablemente.

Entonces Toñín bajó del tejado y, ¡pies para qué os quiero!, llegó a su cabaña. ¡Mentira le parecía volverla a ver!

Pero no solamente la vió y la poseyó de nuevo, sino que heredó todas las riquezas del ogro, que, según las gentes del país, le correspondían en derecho.



¡Todos estaban contentísimos porque Toñín había muerto!... Y Toñín, inmensamente rico, supo hacer buen uso de sus riquezas y se hizo amar de todos, como antes, cuando solamente era un pobre muchacho desamparado.

FIN

## LOS TRES AVENTUREROS CONTINUACIÓN



Libres ya de enemigos en el camino, nuestros aventureros, después de haber curado a sus heridos, prosiguieron el viaje hacia el Oeste. Como el maquinista había caído al primer disparo, Blake ocupó su puesto. El convoy, aunque muy lentamente, siguió su paso, y cinco horas más tarde llegaba a la primera estación del Oeste, donde se

apeaban. En el andén no les esperaba nadie, y esto les extrañó en gran manera. Blake se dirigió al jefe de estación e inquirió de él dónde se encontraba el rancho de "Las Tres Villas", que era el que habitaban los padres de Rafa.

—A dos horas de camino de aquí, yendo a caballo, se encuentra el ran-



cho—repuso el jefe; y luego continuó: Por cierto que me extraña no haya venido hoy el mayoral, que siempre suele bajar a estas horas, y mucho más si sabe que al rancho llegaban huéspedes.

Nuestros amigos agradecieron al jefe sus atenciones, y aquel buen hombre les proporcionó un guía y una cabalgadura, para transportarlos al ran-

cho de "Las Tres Villas". A las dos horas de camino, el guía señaló un montecillo que se erguía a dos kilómetros escasos.

—Detrás de aquel monte se encuentra el rancho—exclamó. Mas de pronto el guía espoleó a su caballo, y nuestros aventureros le siguieron en su galope. Por encima del montecillo se elevaba una densa columna de humo. Negros



presentimientos vinieron a la mente de nuestros amigos, que por desgracia se vieron confirmados al trasponer el montecillo; el rancho de "Las Tres Villas" era un informe montón de escombros, que humeaban aún.

En un galope desenfrenado llegaron hasta las ruinas, entre cuyos escombros humeantes se veían varios cadá-

veres, y en un poste de madera que se alzaba junto a la casa en ruinas vieron un papel en el que aparecía escrita una sola palabra: "Wu-Chum".

Al ver el cartel maldito, un grito de ira y de desesperación salió de los labios de los tres aventureros.

Los miserables bandidos habían dado muerte o capturado a todos.



Historia de un resbalón que tiene mucha emoción.



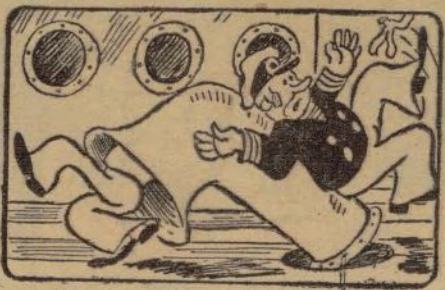
Le pescan a un marinero que se ha metido a ratero.



En la despensa se entraba y los plátanos tragaba.



Su capitán le perdona, mas su vicio no abandona.



Ved aquí la consecuencia de tan fatal imprudencia.



¡Capturadme a ese maldito! —dijo el jefe dando un grito.



Cumple la orden un marino, con discreción y buen tino.



Y el glotón, con gran contento, ya a caer a su elemento.



## DON SEVERO AVENTURERO



Como ya hacía frío, don Severo preparó su estufita con el mayor cariño; pero quiso, por su mal, que los



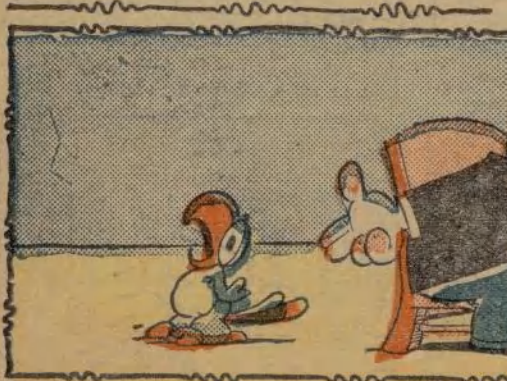
humos fueran a meterse en casa de su vecino, y éste, que tenía muy malos humos, decidió apagar la estufa, y



cuando don Severo comenzaba a entrar en calor, felicitándose por su estufa, recibió una ducha que le hizo



polvo el físico y la estufa, dejándole, además, "helao". ¡Qué suerte más "negra" tiene don Severo!

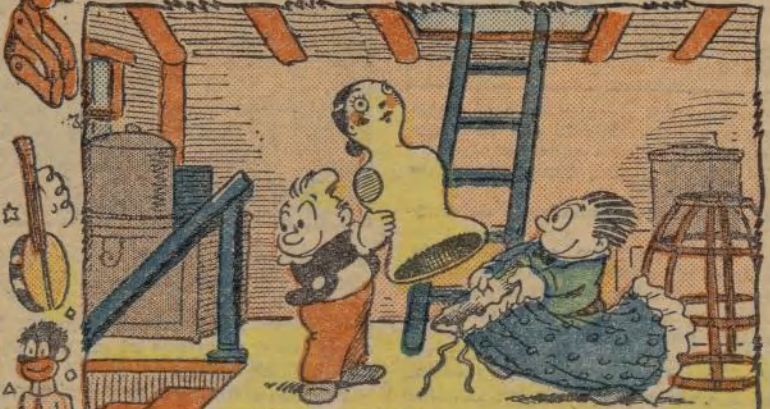


Don Fielato, en vista de que aquello producía más que una tinca en la Gran Vía de Madrid, siguió ofreciendo a Laura a los comerciantes

# HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



Después de la batalla campal y de la captura de los pilluelos, Pérez Oso encargó a Tizón que montase en Catalina y no perdiese de vista a los muchachos, pues estaba ya muy escamado de sus numerosas fechorías.



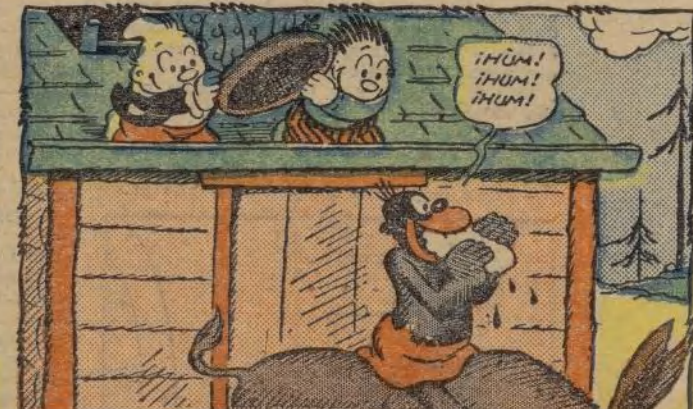
Mulita y caballero aceptaron regocijados el obsequio y le metieron el diente con el mayor entusiasmo. Aprovechando aquel entusiasmo, los hermanitos subieron al desván y prepararon una trampa para Tizón.



Los tres compinches jugaban a las cartas hinchándose de hacerse trampas, cuando el radio-pato-centinela lanzó la señal de alarma, indicando que algún enemigo se aproximaba en dirección a la casa-móvil del inventor.



Tizón y Catalina montaron su servicio de vigilancia, no perdiendo ni por un segundo de vista a los hermanitos, los cuales, al llegar a su casa, recordaron la pasión que Tizón sentía por los pastelillos rellenos de saltamontes.



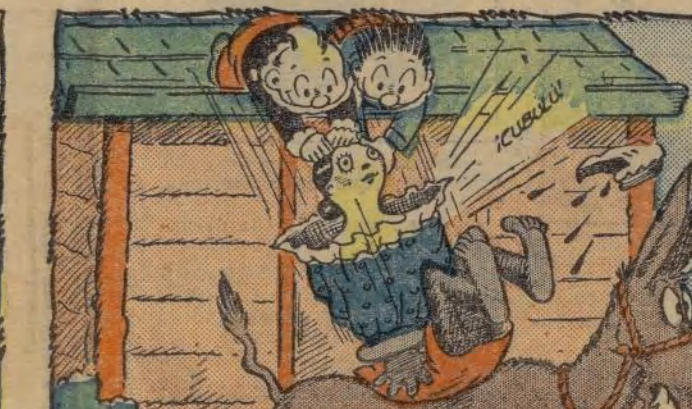
El moreno comía su pastel secundado por Catalina, y, aprovechándose de ello, Tarugo y Perdigon ascendieron por el tejadillo y se dispusieron a capturar a su centinela, que seguía hartándose de aquellos pastelillos.



Ya se disponían a repeler la agresión por medios contundentes, cuando, con gran asombro, vieron aparecer a una dama bellísima entre la arboleda. "¡Caracoles!", exclamaron los tres compinches, descubriéndose ceremoniosamente.



Los pillastres entraron en casa, y, muy conmovidos, pidieron a mamá Tecla un par de pasteles de los que tan ricamente fabricaba, con objeto de socorrer a un pobre, y mamá Tecla, conmovida, se los entregó.



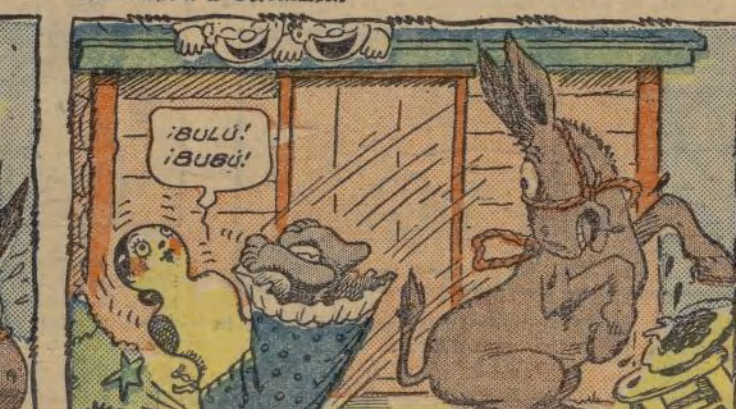
Y, de pronto, ¡zas!, ¡pum!, ¡cataplum! Uniendo sus fuerzas los dos hermanos, le metieron a Tizón el maniquí por la cabeza, imposibilitándole para la defensa, sin que el sorprendido pudiera defenderse lo más mínimo.



Pero la desconocida elegante dió un traspies, cayendo sobre Terre-Moto, al que puso las narices como un acordeón, al mismo tiempo que al perrito del solitario le atizaba un "chutazo" en pleno hocico.



Con sus pasteles en la mano, salieron Tarugo y Perdigon y le dijeron a Tizón que, a pesar de ser enemigos, no le guardaban rencor, y en prueba de ello le regalaban un pastelillo, oferta que hicieron extensiva a Catalina.



Rodó Tizón por el suelo, espantando a Catalina, que lanzó un sonoro relincho al ver aquel fantasmón rodando por el suelo, y, consciente de su deber, y recelando que fuera un enemigo, le colocó un soberbio par de coces.



El perrito, que tenía las pulgas muy mal educadas, o sea que tenía muy malas pulgas, le atizó un feroz mordisco a la señora, que comenzó a lanzar aullidos espantosos, ante el asombro de los hombres, que no se explicaban aquello. (Continuará.)

## TERESA NIÑA TRAVIESA



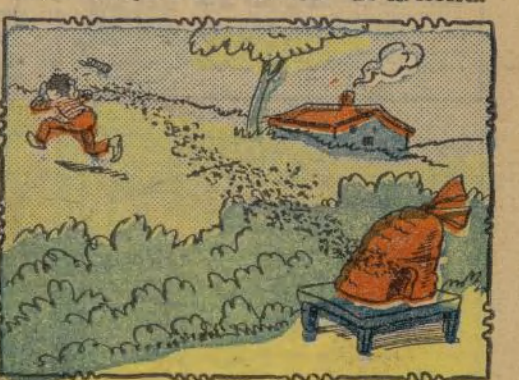
Teresa había hecho una de las suyas a Tarrete, y éste escapó tras de la nena, dispuesto a perjudicarle el



físico; pero Teresa era difícil de cazar, y, quitándose el lazo, lo colocó encima de una colmena. Tarrete, al



ver el lazo de la niña, sonrió para su capote, pensando: "Ya la cace", y sacudió estopa a la "cabeza" de la nena.



La "cabeza" comenzó a soltar sus habitantes..., y va veis la que se organizó.

## Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Y Laura, ante el regocijo de la ciudad, salió por las calles voceando: "¡Usen cola marca 'Cemento' y obtendrán mejores resultados!"



El conocido caballista Pereco marchaba de paseo y se le desbocó el caballo, a pesar de los esfuerzos que hacía para contenerle.



Mas, a pesar de sus tentativas, fué inútil su esfuerzo, porque el jaco acabó por despedirlo contra el asfalto en forma dolorosa.



Y cuando maldecía de los desbocamientos, llegó Laura, tan campante: "¡Oiga! Use cola 'Cemento' y obtendrá mejores resultados."



## UN DESGRACIADO VIAJE A LA ESTRATOSFERA



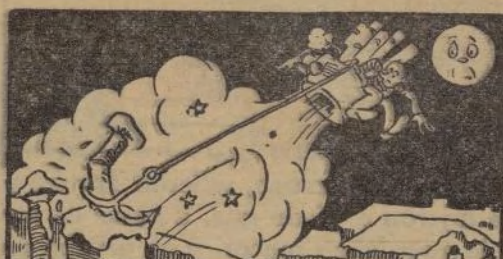
Berrinche y Becerrito, consecuentes con sus ideas arriesgadas y sus inventos extraordinarios, pensaron construir un bolido formidable con el



que iniciar el descubrimiento de la estratosfera. Construyeron el canasto-cohete que podéis admirar en el dibujo, y se lanzaron al espacio, caballe-



ros en su artefacto, pensando en cubrirse de gloria para toda la vida. Pero de las pequeñas impre-



visiones vienen los grandes fracasos, y olvidándose de quitar el ancla, despegaron a toda velocidad



y aterrizaron a mucha más velocidad todavía, cubriéndose no de gloria precisamente, pero sí de



chichones, que fueron casi tan grandes como la gloria con que pensaban cubrirse.

## AMENIDADES

Allá va el capitán de los tercios de Flandes, la lanza en ris-



tre y la visera alzada. ¿Adónde va? A Camuñas (Toledo), a felicitar al autor del dibujo, Lucio Sahagún, de 12 años. ¡Buen viaje, capitán!

El gato Félix está hecho polvo de mirar con los gemelos para ver si descubre a sus que-



ridos amigos los simpáticos Bimbete y Pirulo; así nos lo dice desde Porzuna (Ciudad Real), nuestro querido colaborador Miguel Pulido.

He aquí un paisaje de la ciudad encantada de Cuenca, que desde Almodóvar del Pinar nos remite el jerominista Ernesto Sánchez. Nada decimos en elo-



gio de este dibujo, porque su sola contemplación le da toda la importancia que tiene: la importancia de llamarse Ernesto,



—Doctor, tengo un constipado tremendo; ¿qué me recomienda usted?

—Pues... media docena de pañuelos.

Dentro de breves días se pondrá a la venta el Almanaque JEROMIN

## Poncito, chico elegante y "El Grifo," sucio y lunante



Muy contentos van nuestros héroes con el regalo del gran Benitez, sobre todo Poncito, que en esto de la elegancia es un as.



Alegres se meten en la cama a soñar con el primer día de fiesta, en que piensan volver a ponerse los preciosos trajes.



Pero no han hecho más que quedarse dormidos, cuando por el balcón penetra un "negro zulú", que les había venido siguiendo.



Y les juega la faenita que veis. Al saltar a la calle se le cayó un enorme sobre, que ha de serles muy útil a Poncito y "El Grifo".



¡Qué sorpresa la de éstos cuando, a la mañana siguiente, despiertan y ven que sus magníficos trajes habían desaparecido!



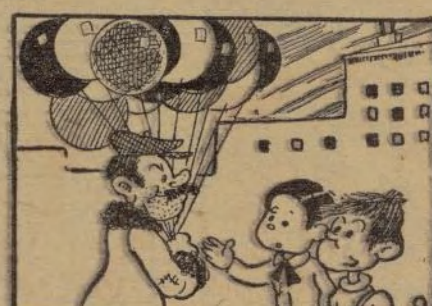
Cuando ya iban a entregarse a la desesperación, "El Grifo" vió el sobre que se le había caído al negro.



Con ansiedad lo abrieron y encontraron dentro de él lo siguiente: "Ei queréis buenos trajes de niño, en la sastrería Benitez, Atocha, 3, los venden preciosos".



Juntamente con esta nota había un programa de festejos de la isla "La Tinta", así como el plano y la situación de la misma.



Decididos a rescatar sus trajes, Poncito y "El Grifo" comienzan los preparativos de un viaje a la isla desconocida.



Y por la noche salen de la azotea en el aparato "Pon-Grif", con provisiones para tres días y con un pato como mascota.



No llevan cinco minutos de vuelo cuando se dan cuenta de lo temerario de su intento. ¿Se salvarán? ¿Cómo?

(Continuará)



## DON SIMPLÓN Y DINAMITA



El terrible bandolero y criminal sanguinario no tardó en bajar a ver a sus huéspedes, amenazándoles con hacerles consumir si se resistían un segundo a sus amenazas.



Naturalmente, nuestros amigos se quedaron con la sangre más helada que un doble de horchata con limón, y no intentaron resistir al terrible bandolero, que los ató como a fardos.



Instantes después el criminal sanguinario bajó con una gran maleta, de la que sacó todo el producto de sus robos, riéndose a carcajadas de nuestros infelices amigos.



Y cuando éstos creían que les dejaría tranquilos, vieron, con gran terror, que el miserable volvía con un gran barril de pólvora y brillándole en los ojos toda la maldad de su alma.



Efectivamente; el terrible bandolero había pensado, sin duda, deshacerse de sus víctimas, y colocó en la barrica una larga mecha, construyendo con ella un artefacto de destrucción.



Y deseándoles una muerte dulce, el miserable bandolero abandonó su guarida, dentro de la cual iban a perecer don Simplón y el nene, y no decimos "Dinamita", porque había escapado.

## BAJO EL IMPERIO DEL TERROR

### CAPITULO XV Fatídicos presentimientos

Muy entrado ya el siguiente día, se apeaba el Marqués de Latour a la puerta del convento de Donawert. Recibieron los religiosos con todo cariño y le proporcionaron grato hospedaje; pero al anciano le urgía continuar su ruta hacia Viena, y se apresuró a pedir que le facilitasen un nuevo carruaje y un cochero de confianza.

—¿Y que diría de nosotros el Padre Prior de Constanza y la señora Duquesa, si os dejamos marchar sin permanecer entre nosotros una semana? ¡La señora Duquesa! ¡Esa sería, a buen seguro, la vieja mojigata a que se había referido el ma-

gistrado de Neuburgo! ¡Alguna piadosa señora, sin duda, que a petición de los Religiosos le protegía en su viaje!

En estas conversaciones estaban, cuando entró un propio con una carta para el Marqués. En ella, el mayordomo de Su Alteza Real la Duquesa viuda de Baviera, rogaba al proscrito que, sin demora, se pusiese en camino hacia el castillo de Neuburgo. Pasado el estupor de semejante misiva, el anciano decidió aceptar la invitación, y en un carruaje que los religiosos le facilitaron llegaba pocas horas después al castillo.

Mientras aguardaba en una sala, se vió en presencia de una persona en quien, a pesar de su ca-



potillo y de su sombrero de fieltro, reconoció al ridículo magistrado de antaño.

—¿Habéis reflexionado, señor marqués, en la proposición que os hice la otra noche de afiliaros en nuestra secta secreta?

—¿Reflexionar yo? ¡No he pensado más en ello! —Pues es una lástima, porque esta sería única ocasión de recibirlos en ella. En este mismo castillo hay varios jefes; vamos a recibir a dos aspirantes, y vos podíais ser el tercero.

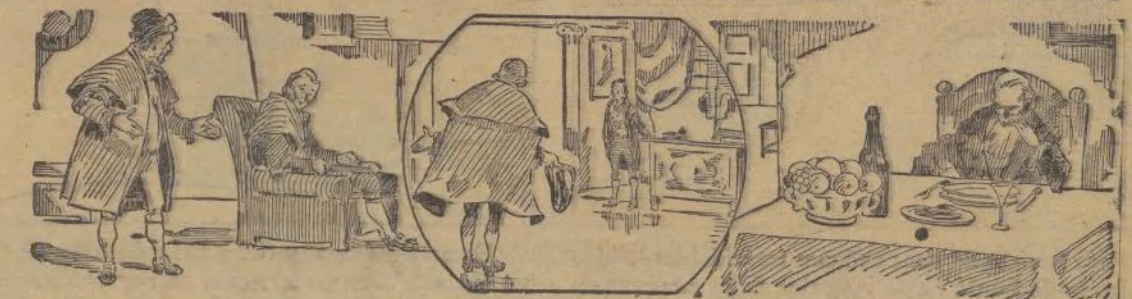
Nuestro anciano no sabía de su asombro. Allí mismo, en el castillo de los duques de Baviera, que en aquellos mismos días estaban anatematiz-

ando y persiguiendo a los sectarios, se reunían éstos y celebraban sus conciliábulos.

—¿Y para eso se me ha llamado, tendiéndome una vil celada? Servíos dejarme salir de este castillo inmediatamente.

No sin que antes tengáis el honor de ser recibido por un Príncipe de la familia real de Prusia, que desea hablaros.

Y diciendo esto, nuestro anciano amigo fué introducido en un suntuosa pieza, donde el Príncipe le aguardaba. El Príncipe rechazó las expresiones de gratitud que el marqués le presentaba, y entre palabras irónicas comenzó a hacerle la



apología de la revolución y a instarle a que se afiliase en las sociedades secretas, únicas, según él, que podrían asegurarle un oasis de su vida tranquilo y salvar a su familia.

—Hubierais podido terminar pacíficamente vuestros días en brazos de vuestros hijos, en Francia quizás. Las voluntades de los que os persiguen dependen de mi voluntad. Pero vuestra obstinación me impide hacer nada en vuestro favor. Buscad a vuestra familia en vuestro camino. Pues yo os digo que vuestra familia no ha pasado por aquí, y no pasará tampoco...

—¿Es decir—preguntó el anciano—que la encontraré en el término de mi viaje?

—¡En el término del viaje!... ¡Sí; eso, sí. Todos nos hallamos en el término!

Y sin otro cumplimiento, el Príncipe se retiró. El marqués de Latour dobló la cabeza víctima de los más tristes presentimientos, y sin probar la cena que se le ofreció, salió del castillo. En su preocupación, ni llegó a fijarse en la capa del embozado que flotaba también en torno del coche.

(Continuará.)

## PASATIEMPOS



Llenad con lápiz o tinta los espacios marcados con un punto, y veréis surgir un interesante dibujo.

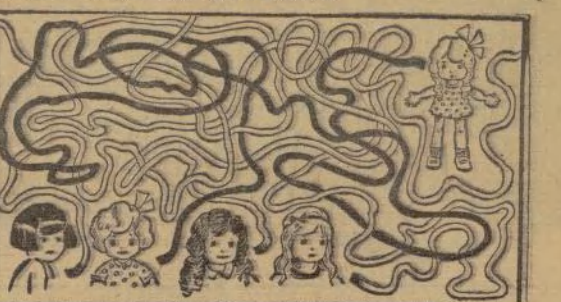


Este niño está avisando a cuatro niñas que no se ven, que se acerca un toro, también invisible. Buscad a las niñas y al toro.

### SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



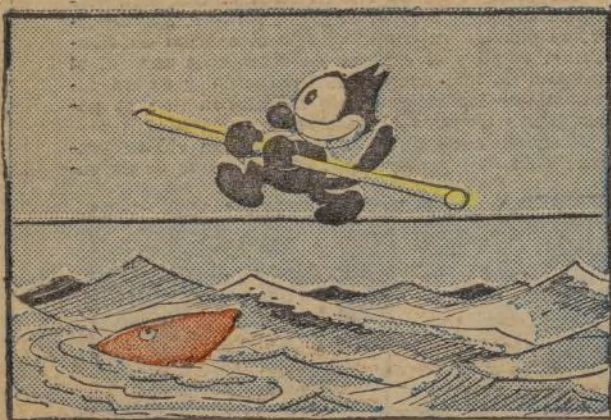
Los nombres de dos poblaciones que pueden formarse con los dos objetos dibujados, son "Salamanca" y "Cáceres".



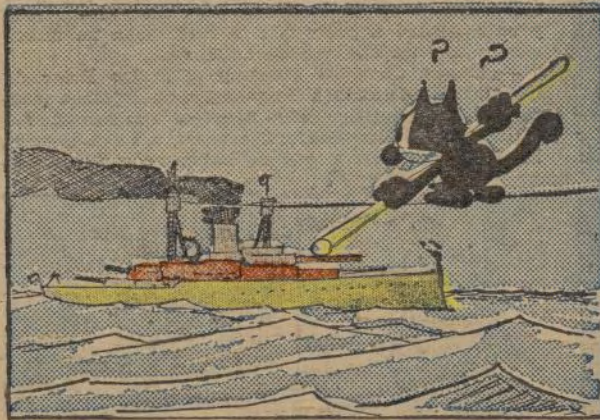
Ahora podéis ver, si ya no lo habíais encontrado, cuál de las cuatro niñas pertenece la muñeca.



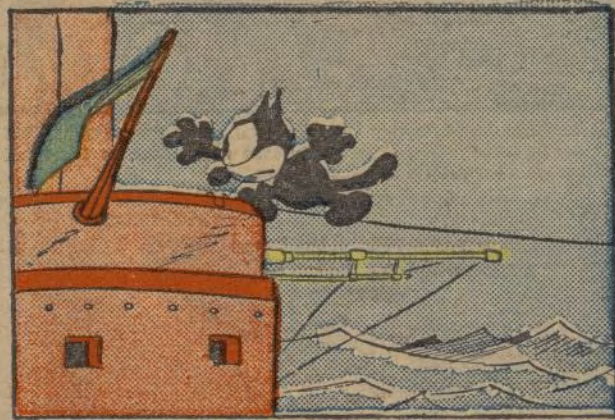
# ANDANZAS DEL GATO FELIX



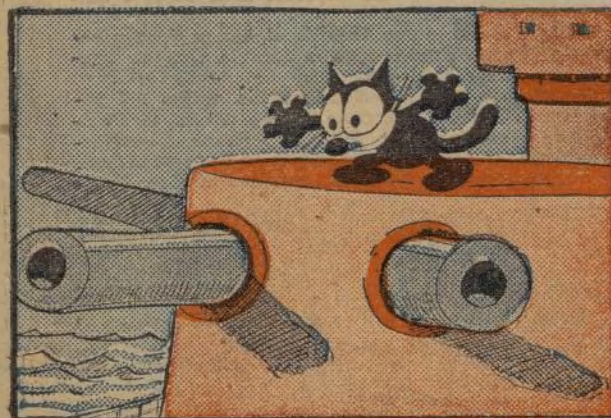
Félix siguió varias horas a "bordo" de aquel pezote, que navegaba a una gran velocidad, cuando quiso su suerte que pasara junto a una antena que habían tendido dos barcos para ensayar un sistema de transmisiones.



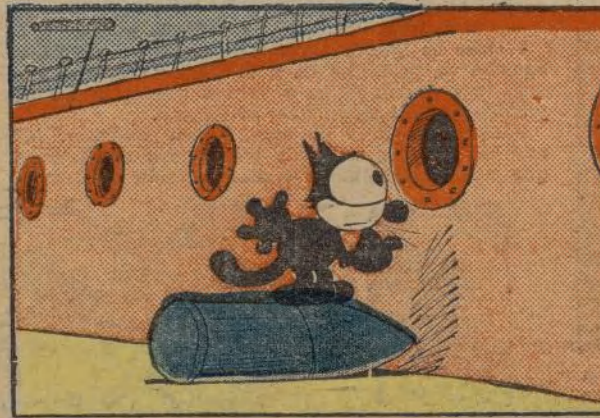
Félix, que, entre sus muchas habilidades, tenía la de practicar el equilibrio, se despidió de su amigo el pezote, y de un salto jacarandoso se subió sobre el hilo, caminando en dirección al barco que halló más cerca.



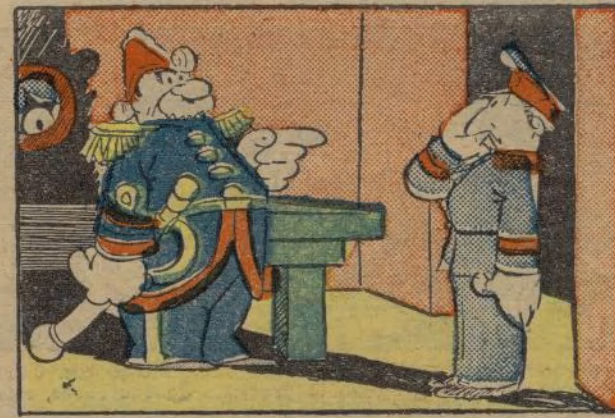
Minutos después, el barco acogía al gatito aventurero, que dió un suspiro de satisfacción al encontrarse en la toldilla del barco, pensando que ya había dado fin a su horrible ventura en el Polo Norte.



Pero la vista de unos cañones formidables le hizo ponerse de punta hasta los pelos de la camiseta, y como ya estaba muy escamado y mucho más desde que era amigo del pezote, decidió proceder con suma cautela.



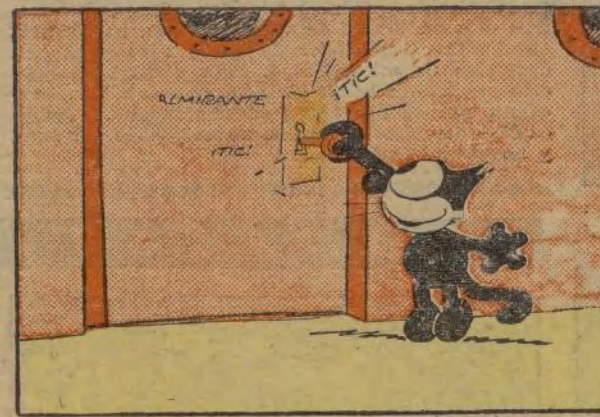
De esta manera, y fiel a sus principios de conservación, echó una visual por el primer camarote que se le puso a tiro y vió con asombro que correspondía precisamente al camarote del almirante que mandaba aquella escuadra.



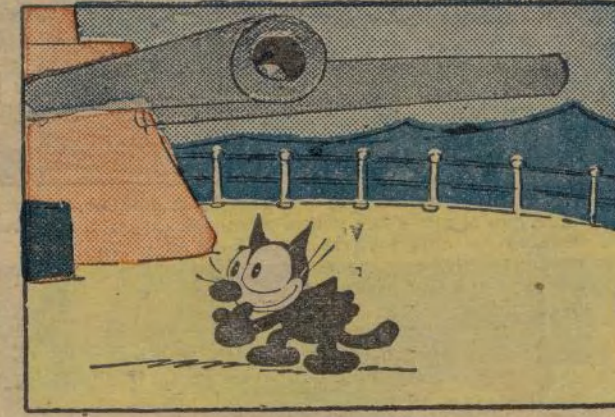
El gato asomó un ojo por el ventanillo, mientras con el otro vigilaba la cubierta "por si las moscas", y oyó que el almirante mandaba a su segundo que tocara a zafarrancho, pues quería pasar revista a toda la marinería.



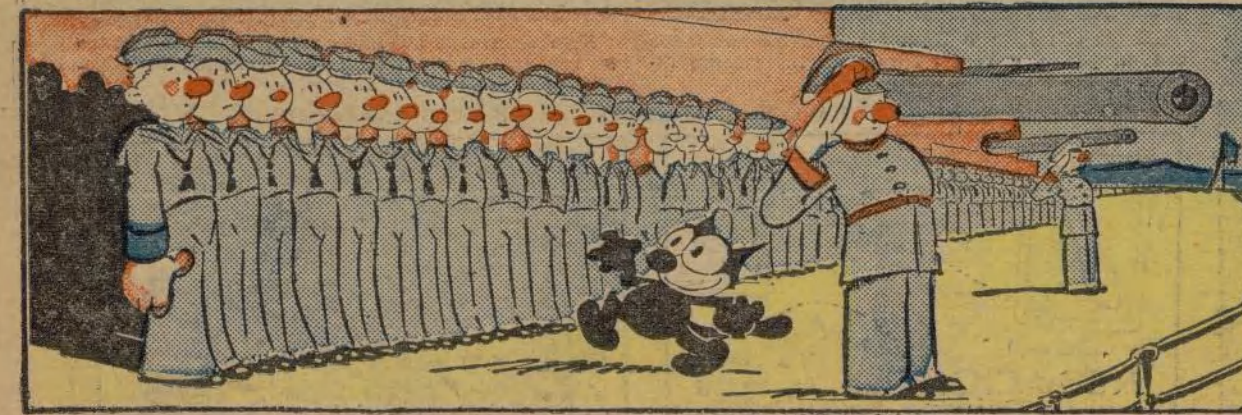
Segundos después, los marineros escuchaban la trompeta llamando a revista, y los soldados de la Marina, dejando todas sus ocupaciones, ascendieron a cubierta a esperar la revista del almirante, que tenía muy mal genio.



Félix aprovechó aquellos momentos, y, descendiendo de su observatorio, llegó, pasito a paso, a la cámara del almirante, y como la llave de la estancia estaba puesta por fuera de la cerradura, le cerró lindamente al almirante,

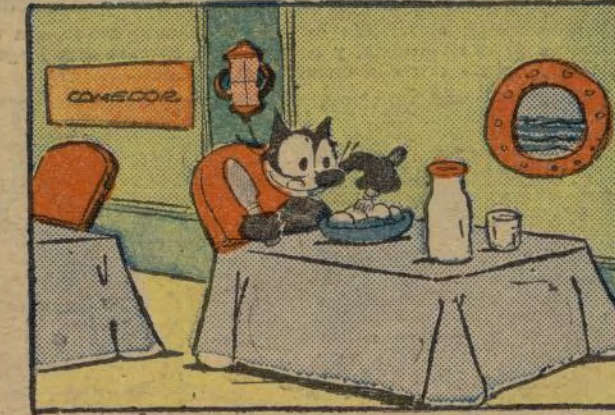


Entonces respiró tranquilo, al convencerse de que se hallaba solo y libre de peligros sobre aquella cubierta, pues todas las tropas estaban formadas arriba y el almirante permanecía encerrado en su camarote.



Y de esta manera, y como los soldados cuando están formados no pueden romper filas, y la orden de romperlas sólo la podía dar el almirante, que había dado la orden de formar, y como, por otra parte, el

almirante no podía dar la orden porque, como sabéis, continuaba encerrado en su camarote, Félix aprovechó aquellos instantes para deslizarse sin ser molestado por entre las filas de marineros.



Y tranquilo, feliz y sonriente se coló en la cámara principal del buque, en el comedor, y comenzó a hincharse de succulentos manjares, preparados allí para que comiese el almirante. ¿Qué peligros esperarían a Félix en el barco?

(Continuará.)